

Notas y Documentos

Nuestra Escuela de Medicina, por el profesor Dr. Alfonso Asenjo. Conferencia dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile con motivo del 125 aniversario de la creación del primer curso de Medicina. Acto organizado por la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina, el día 17 de abril de 1958.

Hace 125 años, en un día como hoy, se congregó Santiago en el Instituto Nacional para iniciar una de las obras culturales de mayor envergadura y trascendencia que promovió la naciente república.

En este día de júbilo, se dieron cita el Presidente de la República, don Joaquín Prieto; sus Ministros, encabezados por don Joaquín Tocornal; el Rector del Instituto Nacional, don Blas Reyes; los profesores, las autoridades, senadores, diputados y gran cantidad de público, a oír la palabra de Blest, el irlandés educado en Edimburgo.

El ambiente se estaba preparando desde hacía años. Ya la vieja Universidad de San Felipe había hecho cursos de Medicina. En 1813, el cirujano de Lima, Dr. José Gregorio Paredes, presentó un acabado informe sobre la enseñanza médica y la fundación de anfiteatros anatómicos, basado en la experiencia adquirida con el equipo de Unanue.

Durante el gobierno de O'Higgins, Manuel Julián Grajales, el joven médico de la "María Pita" que venía en la expedición de la vacuna de Balmis, propuso al Senado de la República un plan de estudios médico-quirúrgicos que debía desarrollarse en el Hospital San Francisco de Borja. Se inspiraba en los nosocomios de Cádiz. No fué aceptado.

En 1826, Passaman fracasó en la organización de una escuela médica. En ese mismo año, se publicó un documento que pintaba descarnadamente la tristísima situación de la asistencia médica en Chile. Se trataba de *Observaciones sobre el actual estado de la medicina en Chile* del Dr. Blest. Según este folleto, tres eran las causas principales, responsables de este atraso: la educación general escasisima de los individuos que la profesaban; la remuneración insignificante de los servicios profesionales, y énfasis especial puso en "la enseñanza defectuosa e incompleta que había en la República, de los ramos de la medicina".

En este año también el Dr. Pedro Morán abrió

una cátedra privada de anatomía que contó con tres alumnos, uno de los cuales era su hijo.

La práctica de la Medicina estaba dedicada a individuos de la más humilde extracción, casi sin ninguna clase de estudios, y ejercida corrientemente por los barberos.

Había médicos de primera y de segunda clase, según la categoría de los exámenes que daban, y los médicos tenían sólo el derecho a percibir 4 reales por las atenciones que efectuaban a domicilio, desde que amanecía hasta las 11 de la noche.

Un hecho trágico, una horrorosa epidemia de escarlatina que hizo llorar a muchos hogares de Santiago, precipitó también la iniciación del curso de Medicina del Instituto Nacional.

La comisión formada por don Ventura Marín, Manuel Montt y Juan Godoy, redactó el primer plan de estudios del curso. Por fin, el 24 de noviembre de 1832, se envió oficio al gobierno, aprobado por la Junta Directora de Estudios del Instituto, pidiendo que se creara un Curso de Medicina, cuyos profesores serían los doctores Blest y Armstrong. La cátedra de Farmacia quedó a cargo de don José Vicente Bustillos.

La inscripción de los alumnos, que llegó a 22 en un primer momento, se hizo en marzo, fecha en que se iniciaron las clases; sin embargo, como dijimos, fué el 17 de abril que se efectuó la inauguración oficial. El Dr. Blest en esa oportunidad hizo un discurso que ha pasado a ser famoso y que nos revela que el hombre tenía consciencia plena de la trascendencia del acto que en esos momentos se efectuaba. Dijo: "...el constante y ardiente deseo de mi vida ha sido coadyuvar a la benéfica tendencia, dignidad, importancia y respeto de la profesión a que pertenezco, y siendo yo el primero que tiene la honra de abrir las majestuosas puertas de la Medicina al público chileno, ciencia ilustre que me pone en circunstancias de poder ser útil al país, mi pecho se conmueve con un sentimiento de gratitud hacia el gobierno que me ha proporcionado los medios de llenar mis anhelos y de que mi nombre se encuentre en su futura historia..."

El Dr. Blest unía a la alta calidad de su espíritu independiente, una posición reformista y de lucha frente al ambiente pacato de la época. Años más

tarde fué acusado de haber vitoreado a Francisco Bilbao a la salida del tribunal que lo juzgó por el artículo *Sociabilidad chilena* aparecido en "El Crepúsculo".

El profesor Blest a pesar de que aún no pronunciaba bien el castellano, en sus 20 años que llevaba en Chile, había aprendido mucho de la psicología nacional y la separación de su cargo fué suspendida, pues según la explicación que dió al Consejo Universitario, "él iba pasando..."

El Dr. Armstrong en este primer curso fué reemplazado por Pedro Morán en las cátedras de anatomía, fisiología e higiene.

Ingresaron en realidad al curso de Medicina: Tocornal, Juan y Manuel Carmona, Salmon, Ballester, Mackenna, Rodríguez y Aranda. Ocho en total. Diez años después, toda la prensa de Santiago anunció con entusiasmo sin igual, que 4 de estos 8 eran médicos recibidos en Chile. Dos habían muerto víctima de infecciones. De éstos, Tocornal, a quien su padre el Ministro le había impuesto que estudiara Medicina para darle prestancia y ascendiente a la carrera, desempeñó una labor proficua dentro de nuestra Facultad.

El curso de Medicina fué la rama predilecta de los rectores del Instituto, Manuel Montt, Francisco Puente y Antonio Varas. Fundada la Universidad de Chile, esta disciplina que casi hasta fines del siglo estuvo bajo el alero del Instituto Nacional, se identificó con la futura Facultad de Medicina. La Facultad reunió las actividades que actualmente tienen el Servicio Nacional de Salud, el Colegio Médico de Chile, las sociedades científicas, y hasta hoy en día ha estado alerta y avizora a todo lo que significa progreso médico. Su Decano fué también el presidente del Protomedicato hasta que desapareció definitivamente esta institución, con la ley que creó el Consejo Superior de Higiene Pública en 1892.

El carácter altivo de los estudiantes de Medicina se bosquejó ya desde los primeros momentos. En el año 1835, el Dr. Indelicato había hecho befa de este pequeño grupo de estudiosos. Los estudiantes lo desafiaron a que tuvieran un verdadero torneo científico entre sus conocimientos y los de ellos. El Dr. Indelicato hubo de abandonar el país.

Al principio los cursos se abrieron cada tres años; después cada dos. Durante 30 años la Escuela se refugió en un patio, muy poco acogedor, del viejo Hospital San Juan de Dios. Treinta años fueron necesarios para que se trasladara a ese pequeño edificio a los pies del hospital, que muchos conocimos en la calle San Francisco. Tenía en el frontispicio, encima de una soberbia entrada con pórtico de arco, un relieve de Nicanor Plaza; una de sus primeras obras. Nadie sabe cómo fué ese relieve, qué es lo que significaba, y se ha perdido.

De los profesores de la vieja Escuela, sin lugar a dudas, el Decano Sazié, que la dirigió durante dos períodos por espacio de 27 años, fué uno de los hombres a quien más le debe nuestra Universidad y nuestro pueblo.

Lato, muy lato sería recordar todas las figuras cumbres que han sido los forjadores de la Escuela. Pero no podemos olvidar que a tres estudiosos se debe el que ya, en sus primeros años, tomara una contextura científica seria, que conserva hasta hoy día: Philippi, Domeyko y el sabio Vásquez.

No podemos tampoco olvidar a Lafargue, el brillante alumno de París y Burdeos, que abandonó su patria víctima de una injusticia, ni a Raventos de Montpellier; a Elguero, el culto y estudioso refugiado argentino, el latinista que compartió su tiempo entre el rectorado del Liceo de Valdivia y sus estudios de Medicina y después la cátedra de Fisiología y Enfermedades Mentales. A Valderrama, el literato; a Schneider, el clínico, y a José Joaquín Aguirre, el grande.

De nuestros contemporáneos, los nombres de Johow, Adeodato García, Noé, Benavente, Sierra, Castro Oliveira, etc., están fuertemente grabados en nuestro espíritu.

Entre las anécdotas curiosas, hay que recordar que ese brillante profesor, don Jorge Hércules Petit, fué duramente criticado cuando llegó al país, porque consideró en una Memoria presentada a la Facultad, que la tisis era una enfermedad infecto-contagiosa, y se censuró el "desvío" del autor. Petit fué el primero que usó el oftalmoscopio.

Nuestra Escuela de Medicina, y este "nuestra" lo digo con una gran emoción y un profundo cariño para esa Rhea acogedora, fué durante el siglo pasado, lo mismo que hoy, no sólo una madre que se identifica con los que están en su aulas, sino que también con los egresados. Entre sus realizaciones que han tenido enorme trascendencia para la higiene y el progreso del país, está la reglamentación que se hizo de la prostitución para la profilaxis de la sífilis, entregada por el Dr. Ramón Allende Padin; la fundación de la Sociedad Médica en 1869 y de la "Revista Médica", la creación, en ese entonces original, de las cátedras de profesores extraordinarios auspiciadas por ella y acordada en 1881 por el Consejo Universitario.

Interesantísimo fué dentro del ambiente científico chileno, la llegada de esa falange de jóvenes profesores que habían ido a estudiar a Europa: Barros Borgoño, Puelma Tupper e Izquierdo, que no sólo introdujeron nuevos métodos de estudio, sino que también impusieron el sistema de Lister con la técnica de la antisepsia de Champonnicre. Era el año 1880 y gran cantidad de heridos se salvaron bajo la lluvia de ácido fénico.

En 1892 decidió conceder el título de especialista, iniciativa única en el mundo.

En 1894 y durante todo el siglo pasado, la Facultad de Medicina fué la rectora de las reuniones científicas, dirigidas ese año por el profesor Alejandro del Río. De ellas salió la organización del diagnóstico gratuito de la fiebre tifoidea; el examen permanente y gratuito durante las 24 horas del día para el diagnóstico de la difteria; la preparación del suero antidiftérico y de la vacuna antirrábica. Puelma Tupper presentó en la Facultad de Medicina y ésta solicitó al gobierno la ley de la vacunación y revacunación obligatorias. Diez años antes había realizado una campaña nacional en contra de los charlatanes, y el Primer Congreso Médico Chileno, primero también en la América del Sur.

Ya antes de la agitación revolucionaria, en 1888, la Escuela de Medicina se había trasladado al magnífico edificio de la Cañadilla, y cortó desde entonces toda relación con el Instituto Nacional. En este imponente templo griego, recibimos nuestra enseñanza.

En 1895 el señor Zegers había dado a conocer que en Europa se habían descubierto los Rayos X. Muy poco tiempo después, el profesor Anrique los tenía funcionando en la Escuela.

A fines del siglo pasado se hizo una campaña para crear los hospitales de niños con rápido y positivo resultado. Se fundó a pedido de la Facultad de Medicina, el Instituto de Higiene y el Consejo Superior de Higiene. Se organizó la Escuela de Enfermeras y durante toda su existencia hasta principios del siglo, no se tomó ninguna medida preventiva ni curativa, ni se dictó ninguna ley sin

que la Facultad tuviera en gran parte la iniciativa. Bástenos recordar la Asistencia Pública, el Servicio Médico Escolar, los congresos científicos, etc.

Ante las necesidades que tenía la enseñanza superior en el país, en 1914 la Universidad de Chile celebró un trascendental claustro pleno.

Fué a la Facultad de Medicina y específicamente a su profesor el Dr. Alejandro del Río, a quien se le entregó la responsabilidad de plantear los problemas angustiosos que tenía esta enseñanza.

Como hemos visto, no hay actividad médica que no haya contado no sólo con el beneplácito y el apoyo de la Escuela, sino que con la lucha decidida dentro del medio ambiente para dar a conocer e imponer todo lo que los aportes científicos estaban entregando para el bienestar humano.

Y lo que da más fuerza y lo que complace más a nuestro vigor, es que en la vida de la República, son muchos, de los estudiantes, de los egresados, de los catedráticos de esta vieja Escuela, los que han mantenido una inquietud espiritual más activa, un afán y un sentido más positivista, más amplio y más científico en la interpretación y realización de todo lo que involucra el conocimiento del hombre sano y enfermo.

Fué uno de nuestros maestros, el profesor Sierra, quien en 1917 nos dijo: "el verdadero hombre de ciencia es y debe ser revolucionario".

La altiva respuesta al doctor Indelicato de los estudiantes de hace un siglo y cuarto, y los aplausos que Blest tributó al injustamente juzgado por blasfemo, siguen y seguirán retronando entre las columnas graníticas de nuestra querida mansión.